

ANDRÉS CEGARRA SALCEDO

---

# OLVIDAR

---

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UNA DE-  
DICATORIA, ORIGINAL Y EN PROSA



---

*El amor verdadero escribe verdad  
siempre. Pero no se quien dijo que el  
amor no miente, exagera, y en amor  
más que en nada las verdades de hoy  
son mentiras mañana.*

JACINTO BENAVENTE

---

CARTAGENA  
IMP. VIUDA DE SALVADOR GARNERO  
1918

**Ejemplar: 1'50 Ptas.**

PUEDE ADQUIRIRSE, EN:

*Madrid:* Librería de Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.—Sociedad de Autores Españoles, Prado, 24.—Sociedad General de Librería, Ferraz, 21.—*Murcia:* "La Covachuela", Librería Universitaria, Príncipe Alfonso, 62.—*Cartagena.*—Librería de la Calle  
de Campos.

# OLVIDAR



ANDRES CEGARRA SALCEDO

# OLVIDAR

Comedia en dos actos y una dedicatoria, original y en prosa,

estrenada en el "Circo Teatro" de La Unión

la noche del 25 de Junio de 1918, a beneficio de la

Asociación del Stmo. Cristo de los Bomberos



---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles", son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

CARTAGENA

IMP. VIUDA DE SALVADOR GARNERO

CARMEN, 18 AL 22

1918



A. Cegarra Salcedo

Dedicatoria: A la señorita

Josefina Pascual Ríos ::

Lefda por el joven Abo-

gado don José Doderó

*Un poeta ha contado bellamente de qué modo, en la silenciosa quietud de una noche estival, un gusano se enamoró de una estrella. Acaso esta parábola sea el símbolo de todos los anhelos imposibles, de las ansias nunca satisfechas, de los irrealizables deseos... Ella puede explicar por qué el autor ha escrito esta comedia, que es como querer volar sin alas hasta la alta cumbre donde el águila del ensueño hace su nido.*

*Llevado por el estímulo que en él produjera el reciente triunfo mercedísimo de «María Luisa»,<sup>(1)</sup> el autor ha pergeñado estas escenas que a vuestra benevolencia se confían, como un niño a la mano amiga que ha de guiarle por las ásperas sendas; sólo en este ambiente de indulgencia y de fraternidad, ellas podrán vivir sin miedo la efímera vida de una noche.*

*El autor no sabe si su intento merece disculpa, porque está*

(1) «María Luisa», comedia en dos actos y un prólogo, en prosa, original de don Pedro García Valdés.

exento de belleza y méritos, y por eso ha querido engalanar su obra dedicándola a Josefina Pascual con viva efusión.

De este modo, será su nombre como el perfume de estas flores de trapo, o como un fulgente diamante de luces irisadas que, deslumbrándoos, haga parecer como de oro el artificio de latón en que se os ofrece.

Y para terminar: el autor, a ella y a vosotros, os pide que le perdoneis su atrevimiento.



## REPARTO

- |             |                         |
|-------------|-------------------------|
| MERCEDES    | Srta. Josefina Pascual. |
| ROSARIO     | » Lucía Ribelles.       |
| DOÑA MARIA. | » Obdulia Bautista.     |
| » DOLORES.  | » Florentina Jumilla.   |
| FELIPA.     | » Milagros Pardo.       |
| MANUELA.    | » Araceli Parras.       |
| ANTONIO     | Don Pedro Ribelles.     |
| DON GUSTAVO | » José Cegarra.         |
| » LUIS.     | » Francisco Ros.        |
| SEÑOR PEREZ | » Pedro Yúfera.         |
| ZAPETA      | » J. Cegarra.           |

Dirección de escena: Don Francisco M. Parras

EPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor.

## SILUETAS DE LOS PERSONAJES

MERCEDES.—20 años, tan discreta como bella, toda serenidad de espíritu.

ROSARIO.—20 años, tan bella como frívola: «Volvoreta» o mariposa; da lo mismo.

Doña MARIA.—40 años; lo mismo puede tener cincuenta o sesenta; ni alta ni baja, ni tonta ni lista, ni guapa ni fea; es una mamá completamente vulgar.

Doña DOLORES.—Parece hermana gemela de la anterior y no lo es.

FELIPA.—25 años. Magnífico ejemplar en rústica, muy en rústica; todo lo más en rústica que se pueda.

MANUELA.—40 años; criada de casa de Antonio, excelente persona, muy entremetida, viuda de un famoso borracho; hablará tóscamente, pero con naturalidad.

ANTONIO.—23 años, estudiante de Derecho, un poco sentimental; es muchacho *que promete*.

Don GUSTAVO.—30 años; eminente médico, un tanto de poeta y otro de psicólogo; sabe de memoria todas las «Humoradas»; cuando visita a alguna jovencita enferma de languidez, en vez de Hipofosfitos le receta novio.

Don LUIS.—45 años; es hombre algo humorista y gran jugador de billar.

Señor PEREZ.—40 años, bellísima persona en lo moral, muy miope, más germanófilo que el Kaiser; viste decentemente.

ZAPETA.—30 años, más francófilo que Poincaré; es de carácter violento y tiene el vicio de roer su sombrero de paja. Este Zapeta es popular en Mineda y algunos autores dicen que todos se ríen de él; según otros, es él quien se ríe de todos.

Y NADA MAS

## ACTO PRIMERO

*Yo velo cuando tú duermes,  
yo lloro cuando cantas...*

Cervantes

¡Yo me asombro! Confieso que el Carnaval y la Pascua son mis debilidades. ¡Digo, la Pascua!

La acción en Mineda. Es en Carnaval y de noche. Al alzarse el telón aparece el gabinete de la casa de D. Luis Pastizal. Entre sus lujosos muebles, habrá un escritorio de señorita, con aparato de luz. Al foro puerta que comunica con la escalera de entrada. Lateral derecha, balcón a la calle. Lateral izquierda primer término, puerta a la cocina; segundo término, puerta a otras habitaciones de la casa.

### ESCENA I

ROSARIO

*Rosario* —El Carnaval es una fiesta muy divertida. ¡Yo me asombro! Confieso que el Carnaval y la Pascua son mis debilidades. ¡Digo, la Pascua! Con lo que a mí me gusta el turrón y las castañas y la carne de membrillo... Y digo yo: ¿Cómo harán la carne de membrillo? Porque de una cosa tan áspera, tan áspera, sacar otra tan dulce, tan dulce. Pero el Carnaval sobre todo; en estos días se desahoga una que es un encanto. ¡Yo me asombro! A Pepito no lo puedo ver. ¡Que antipático! Pues sin embargo, todo el año me lo estoy encontrando arriba y abajo, y la urbanidad, esa cosa también tan antipática, me obliga a disimular. Buenos días, Pepito; buenas tardes, Pepito; buenas noches, Pepito; estimado Pepito; querido Pepito... ¡Yo me asombro! Ayer me disfracé de fraile, con una barriga... y una joroba... y una careta... Les digo a ustedes que ni Fray Gerundio. Bueno, pues al primero que encuentro es a Pepito. ¡Horror! Las cosas que le dije: estomagante, cargante, cesante, alfe-



ñique; no te puedo ver ni *enconfitao*. Aquello sí que fué un desahogo. ¡Yo me asombro! ¡Ja, ja, ja! (Pausa) Mi novio dice que debo estar por dentro toda llena de cascabeles; dice que son los cascabeles de la alegría. Este novio mío se llama Antonio y lo quiero bastante; pero lo que se dice mucho, mucho... ¡mucho no, ea! Me gustaría que no fuera tan poético, la verdad. Siempre entre manos el sol, las estrellas, la luna... Y los novios que no tienen entre manos más que eso, a mí me aburren mucho. Me gustan los muchachos como Carlos, mi novio primero, que era un pillico; y como Alfredo, mi novio segundo, que era un picarón; y como Leoncio, mi novio tercero, que era muy feo, pero tenía unos labios... ¡Qué labios más bonitos tenía Leoncio! De Gregorito, mi novio cuarto, no puedo contar nada porque rompimos a los tres días, y en tres días no toma una confianza. ¿Verdad? Pero más que todos me gustaría un novio de tropa, un capitán, como ése que ha venido... ¡Ay, ya veremos! (Pausa.) Quien tarda es Mercedes. ¡Yo me asombro! No quisiera llegar al baile tarde. (Baila un paso de "schotis") «Que no *pue* ser, que no *pue* ser». La verdad es que este «schotis» le hace bailar a un reumático.

## ESCENA II

ROSARIO, DOÑA MARIA

- D.<sup>a</sup> María* —(Dentro) ¡Rosarito! (Saliendo lateral izquierda segundo término) ¿No ha venido aún Mercedes? Creí que estaba aquí.
- Rosario* —No puede ya tardar mucho.
- D.<sup>a</sup> María* —A media tarde mandó su traje de goyesca. Es precioso.
- Rosario* —¡Cuánto nos vamos a divertir!
- D.<sup>a</sup> María* —Me agrada mucho que te acompañe Mercedes; es tu mejor amiga. ¿Y Antonio, vá también?

- Rosario* —Seguramente, mamá.
- D.<sup>a</sup> María* —Pues solo te encargo comedimiento. Antonio tiene lo que nos hace falta, (hace con los dedos la acostumbrada señal que significa dinero) mucha falta, y no debes auventarlo. En este mismo mes serás pedida. No te digo más. ¡Calla! Parece Mercedes.
- Rosario* —Mercedes es, sí.

## ESCENA III

DOÑA MARIA, ROSARIO, MERCEDES

- Mercedes* —(Entrando por el foro, hace un saludo militar.) Presente; como el pueblo está ocupado militarmente, hay que hacerlo todo a estilo de cuartel. (A doña María.) A la orden, mi sargento.
- D.<sup>a</sup> María* —¡Que buen humor!
- Rosario* —Merceditas, que bien. ¿Habrá en el baile animación? ¿Has visto ya en la calle máscaras? ¿Traes los antifaces?
- Mercedes* —Sí, aquí está todo. Por cierto que vengo sofocada. Un teniente de esos de tropa, de los que han venido en paseo militar, pues va y me encuentra al salir de casa, y me dice: Ojalá estuviera usted loca furiosa...
- Rosario* —Hija, vaya un piropo.
- D.<sup>a</sup> María* —Niña, eso es un insulto.
- Mercedes* —Déjenme que acabe, señor. Va y me dice: Ojalá estuviera usted loca furiosa y yo fuera la camisa de fuerza.
- Rosario* —¡Que gracioso!
- D.<sup>a</sup> María* —¡Que indecente! Esos soldados...
- Rosario* —No, soldado no; era un teniente ¡un teniente!
- D.<sup>a</sup> María* —Si era teniente, rectifico. En fin a trabajar. (se sentarán figurando que cosen.) Siempre que viene la tropa, se revoluciona el pueblo. Sobre todo las niñeras y las criadas se ponen imposibles. Gracias que me coje ésto con Felipa.

- Rosario* —(A Mercedes.) ¿Te has enterado si la tropa va a estar muchos días aún?
- Mercedes* —No, nada sé.
- Rosario* —Creo que el Capitán es soltero.
- Mercedes* —No lo sabía.
- Rosario* —Si es el mismo que ha paseado la calle hoy tres o cuatro veces, es guapo. Que polainas, que guerrera, que espada, que gorra...
- Mercedes* —Que percha más bonita, por lo que veo.
- Rosario* —Ironías no, es guapo de verdad.
- Mercedes* —(Con asombro.) ¿Pero te pasea la calle? ¿Y tu novio?
- Rosario* —¡Bah! Mi novio no sabe nada.
- D.<sup>a</sup> María* —Niñas, al trabajo. Es preciso coser las puntillas del antifaz, si no queréis llegar tarde.
- Rosario* —Ha sido una gran idea ésta de ir de mantilla; así todo está arreglado pronto. Yo creo que nos van a conocer enseguida; pero ¿qué importa? Hay que ver como pierde una la vergüenza en cuanto se tapa la cara.
- D.<sup>a</sup> María* —En eso, hijas mías, os diferenciáis de los hombres. Vosotras necesitáis taparos la cara para perder la vergüenza, y ellos la pierden fácilmente sin taparse nada.
- Mercedes* —Tiene usted razón. Pero vamos a las flores. ¿Qué flores nos ponemos? Si fuera tiempo de clavelones...
- Rosario* —Mercedes. ¿Y aquellas amapolas tuyas?
- Mercedes* —Es verdad. ¿Cómo no acordarme yo? (A doña María.) ¿Ha venido ya del campo la criada que usted esperaba?
- Rosario* —Sí, hija, sí; es una joya; que te la presente mi mamá. Se conoce que como estamos en martes de carnaval, nos han mandado una máscara completa.
- D.<sup>a</sup> María* —Sí, es un poco basta.
- Rosario* —Mamá, está completamente en bruto.
- D.<sup>a</sup> María* —Pues según mi criterio, yo las busco en el campo. Vienen un poco torpes; pero ni sisan, ni pierden el tiempo con amigas que no tienen, ni gastan botas de charol. Esta mía de

ahora, Felipa, se asusta de los soldados y no se cansa de sacar agua; creo que son dos buenas condiciones. Ahora la verás.

- Rosario* —(Llamando.) ¡Felipa, Felipa!
- Felipa* —(Dentro, fuerte y áspero, de una vez) *Señoritavoy.*
- Mercedes* —¿Qué ha dicho?
- Rosario* —Esa misma especie de disparo rústico, te lo suelta a cada pregunta.
- D.<sup>a</sup> María* —Prefiero estas finezas primitivas y unos buenos puños, a otras prendas. ¿Os acordáis de la Rosa? Pues la Rosa decía *bacalado*; pero me sisaba en el medio kilo un real.

#### ESCENA IV

DOÑA MARIA, ROSARIO, MERCEDES, FELIPA

- Felipa* —(Entrando primer término izquierda. Es gorda y boba, y como se ha dicho casi ladrará al hablar. En los momentos del diálogo que la actriz crea oportunos, estornudará grotescamente, sacando un enorme pañuelo para limpiarse y guardándose sin usarlo.) *Señoritadiga.*
- D.<sup>a</sup> María* —Vas a ir a un recado.
- Felipa* —*Señoritamande.*
- Mercedes* —¿Tú sabes donde yo vivo?
- Felipa* —*Señoritanó.*
- Rosario* —(Casi a un tiempo) Más arriba del Ayuntamiento.
- D.<sup>a</sup> María* —(Casi a un tiempo) En una casa de altos.
- Mercedes* — Encima de una bodega.
- Felipa* —*Señoritanó.*
- Mercedes* —¿Cómo que no, muchacha?
- Felipa* —¡Si lo que digo es que no caigo *aonde* es! Allá en *er* campo, arrea *osté* a dar un *recao* que está dos leguas de largo, y va una *to se-guío* sin estos lios de calles.
- Rosario* —¡Calla, calla!
- Felipa* —*Señoritasí.*
- D.<sup>a</sup> María* —A ver si te encaminamos. ¿Tú sabes la botica?
- Felipa* —*Noseñorita.*
- Mercedes* —¿Y el Ayuntamiento?
- Felipa* —*Señoritanó.*

- D.<sup>a</sup> María* —¿Y la Iglesia?
- Felipa* —*Noseñorita.*
- Rosario* —¿Y la cacharrería?
- Felipa* —*Señoritanó.*
- D.<sup>a</sup> María* —(Desesperadas) ¿Entonces, que sabes?
- Rosario* —(Desesperadas) ¿Entonces, que sabes?
- Felipa* —*Señoritaná.* (Pausa) *Miusté* a ver si cae cerca *der cuarter* de los *sordaos* de tropa de la *melicia.*
- D.<sup>a</sup> María* —¡Cómo! ¿Con que eso sí lo sabes? Pues me he lucido.
- Felipa* —*Señoritanó;* pero si cae por *er cuarter*, *cuarquiá* criada que *m'antropiece* me *l'asplica* y *m'acompañá.*
- Rosario* —(Levantándose) ¡Ay, Señor! Vamos a ver si te alecciono. Te pones en la puerta de la calle. (La criada hace que se va) Pero ven aquí, Felipa. (La coge y la pone en el centro) Figúrate que estás en la puerta de la calle. Ahora mira hacia arriba. (La criada mira al techo) ¿Qué verás?
- Felipa* —Una telaraña, señorita. (Rosario y Mercedes, ríen)
- D.<sup>a</sup> María* —Demasiado basta me está resultando esta flor campestre.
- Rosario* Felipa... Fíjate. Te pones en la puerta; en la puerta de casa ¿estamos?
- Felipa* —*Señoritasí.*
- Rosario* —No eres tan tonta como creía, mujer. Ahora miras hacia arriba; verás el Ayuntamiento, ¿te enteras? Pues a la que hace ocho casas, preguntas: ¿vive aquí la señorita Mercedes? Pues de parte de Doña María, que me dé usted las amapolas para el disfraz.
- D.<sup>a</sup> María* —Repíte lo que has de decir.
- Felipa* —*Señoritasí.* Llego, llamo y digo: de parte *der disfrac* de Doña María, que me dé *osté pa* unas amapolas.
- Rosario* —¡No es eso!
- Felipa* —De parte de unas amapolas que me dé *osté* a Doña María.
- Rosario y Mercedes* —¡Al revés!

- Felipa* —De parte de una Doña María, que me dé *osté* los disfraces de las amapolas.
- D.<sup>a</sup> María* }  
*Rosario* } ¡Felipa!  
*Mercedes* }
- Felipa* —De parte de Doña María... ¡Me *s'ha orvidao!*
- Rosario* —La hora se acerca, y no tenemos flores, y se va a hacer tarde, ¡y eres (A Felipa) una tonta!
- Felipa* —*Señoritasí.*
- Mercedes* —(Que poco antes se ha levantado, ido a la mesa y escrito rápidamente algo) No dará nunca el recado bien. No hace falta que hables nada; toma calle arriba, cuentas ocho casas y das este papel.
- Felipa* —*Señoritasí, verasté.* Tomo por una casa y me cuento ocho calles...
- D.<sup>a</sup> María* —(Fuerte) Ocho calles nó, ocho casas.
- Mercedes* —
- Felipa* —Bueno, es lo *mesmo.* A las ocho casas llego, llamo y doy esta escritura.
- Mercedes* —Comprendido. Toma; y que no te equivoques.
- Felipa* —*Señoritasí.* (Se va por el foro)

ESCENA V

DOÑA MARÍA, ROSARIO, MERCEDES

- Mercedes* —Verás que bien hace el rojo de las flores sobre el blanco de la mantilla.
- Rosario* —Será un bello contraste. Mamá, dame un alfiler.
- D.<sup>a</sup> María* —Toma. La verdad es que esta Felipa es muy bastota; pero Juanita, la que trajimos de Los Huertos, no le ganaba en mucho y se afinó enseguida. Con ésta pasará lo mismo; y si para las cosas de fuera de casa se pierde algún tiempo en enseñarla el camino, también salimos ganando con que vuelve de prisa. Vereis que pronto está de vuelta.

ESCENA VI

DOÑA MARIA, ROSARIO, MERCEDES, FELIPA

- Felipa* —(Entrando) *Señorítá.*  
*D.ª María* —¿No os lo decía yo? Así me gusta; pero... ¿y las amapolas?  
*Rosario* —¿Y las flores?  
*Mercedes* —¡Si no es posible que haya ido tan pronto!  
*Felipa* — *Señoritanó.*  
*D.ª María* —¿Pero qué te ha pasado? ¿Y las flores?  
*Felipa* —(Turbada) Señor... señorita. En la caca... en la calle... un hombre... me ha *perdíó.*  
*D.ª María* —Muchacha, ¿qué hablas?  
*Felipa* —Señorita... yo... tú... *usté...* yo...  
*Rosario* —Torpona, tonta; cuenta donde has ido.  
*Mercedes* —Con el tiempo que hace que te fuiste, no has llegado ni a la esquina.  
*Felipa* —Señorita, *dejamosté* que *m'asplique.* Una *quíé* agradar; pero una mete la pata...  
*Rosario* —¡Qué finura!  
*Felipa* —Una mete la pata sin querer *manque* una no sea tonta. Yo sabía bien el camino; pero *sar-go* a la calle y *arreo ala* que *ala*, y voy y digo: *¿aonde voy?* Y se m'había *orvidao.* Y veo a un hombre con un *sabre* y m'agarro y le digo: Señor coronel *¿sabusté* decirme la calle de las amapolas, que voy a darle a Doña María esta escritura de las ocho casas q'hay en la calle del Ayuntamiento *pa un disfrac?* To lo que *ustés* m'han dicho, sin dejar palabrica.  
*Mercedes* —(Riendo) Jesús, María y José.  
*D.ª María* — ¡Me estás poniendo en ridículo, Felipa!  
*Rosario* —Bien por las criadas del campo. ¿Y qué te dijo el coronel?  
*Felipa* —Si señora, lo menos era coronel; con un *sabre mu* largo y un *regüerber*, y unos bigotes *mu* tiesos y una barba de once días.  
*Rosario* —  
*Mercedes* — ¡Un municipal, Dios santo!

- Felipa* — ¿Ven *ustés?* Un *presonaje*, ya lo decía yo. *Pos verasté* señorita; le digo eso de las ocho amapolas y del *disfrac* del Ayuntamiento, y va y me dice, digo: Si *quieusté* amapolas las coge en las *cebás*, y al Ayuntamiento no me lo llame *usté* otra vez máscara, que la *encarcielo*; a la *autoridá* no se le dan *gromas*; y *sabusté* que me vengo corriendo *esollá* del pasmo, y un hombre que venía por la calle, me ha *sarvo* la vida; porque *verasté*; va el señor coronel y llama a uno que pasaba y le dice: ¡Oye, dame dos pesetas! Y va el otro y le dice: ¡No *alevantes* el *sabre!* Señorita, a ése le debo la vida.  
*Rosario* — Eres completamente simple.  
*Mercedes* — Nos quedamos sin amapolas.  
*Felipa* — (Gimoteando) Pues yo no voy sola a las *cebás*, que no me *quió* perder.  
*D.ª María* — Y que eres tú capaz de comerte el bancal. (indignada) Quitate de mi vista.  
*Felipa* — (Llorosa) *Señoritasí.*  
*Rosario* — Y no vengas hasta que te llamemos. (Felipa se va llorando por el lateral izquierdo primer término).  
*D.ª María* — (Saliendo detrás) Voy a darte trabajo.  
*Mercedes* — Nos quedamos sin las amapolas de trapo.

ESCENA VII

ROSARIO, MERCEDES, ANTONIO

- Antonio* —(Entrando por el foro) Pero aquí están estos claveles, que os gustarán más.  
*Rosario* — Olé por mi novio. ¿De dónde has sacado eso?  
*Antonio* — Buenas noches, Mercedes; (A Rosario, dándole los claveles) Toma, chiquilla, ésta era la sorpresa que te guardaba.  
*Rosario* — Preciosos, preciosos. ¿Nos has oído desde tu casa?  
*Antonio* — No creas que hubiera sido la primera vez, que sólo una pared nos separa; pero no es que os haya oído, sino que adivino tus deseos.

- Mercedes* —Tan frescos y olorosos, parecen cosa de Química.
- Antonio* —No es cosa de Química, sino de Jacinto, mi jardinero. Para hacerlos florecer precisamente en estos días los ha forzado con cristales. Yo conozco, sin embargo, un calor más dulce que todos que hace florecer hasta en Diciembre las plantas... y los corazones. El calor de vuestros ojos.
- Mercedes* —Usted, Antonio, siempre tan galante.
- Rosario* —Tú, Antonio, siempre tan adulador.
- Antonio* —Ya hay máscaras en el Casino; vengo de allí. Esta noche promete ser una gran noche. No gusto mucho de estas fiestas en las que hay más de afurdimiento y de ficción que de sana alegría; pero es preciso transigir con estas cosas y con tantas otras...
- Rosario* —(Mimosa) Porque eres un soso.
- Antonio* —(Idem) Y tú una mimosa exigente.
- Rosario* —(Idem) Y tú un gran bobalicón.
- Mercedes* —(Idem) Y yo un estorbo aquí ¿verdad?
- Antonio* —No por Dios, Mercedes, usted perdone estas pequeñas expansiones; usted es una bondadosa y cariñosa amiga.
- Mercedes* —Y ustedes están goteando almíbar que es un encanto. Cuidado con las moscas ¿eh?
- Antonio* —Moscas y moscardones no faltan nunca; pero esto es lo de menos; lo de más es que Rosario hace de mí lo que quiere.
- Rosario* —Así debe ser. Ya tendrás luego tiempo de mandar en mí. ¡Pues no faltaba más!
- Mercedes* —Yo creo que si tuviera novio, ni él mandaría en mí, ni yo en él. Creo que dos personas que se quieren, piensan ambas lo mismo y desean las mismas cosas, sin que necesiten ponerse de acuerdo. Por algo se dice que son dos seres en uno solo.
- Antonio* —¡Oh! muy bien, así...
- Rosario* —No está mal del todo... pero...
- Antonio* —(Con convicción) Pero si ésa es la suma comprensión. Así no caben el recelo, ni la discor-

- dia ni la traición. Ya sé que dirás que tú mandas en mí y no me engañas. Conformes. Bien que me he reído en el Casino cuando me han dicho que el capitán Béjar te pasea la calle.
- Rosario* —¡Jesús! Ya te han ido con el cuento. Esta Minera es el pueblo único para chismorrear. El capitán Béjar o como se llame, me pasea la calle; yo no le hago caso, y en paz.
- Antonio* —Y yo no digo nada si no es al venir a cuento, como ahora.
- Mercedes* —Pero si en el tiempo que está aquí la tropa, y aún no hace quince días, ha arreglado la gente a ese capitán con casi todas las muchachas del pueblo.
- Rosario* —Con María, con Paquita, con la hermana del Veterinario, con la prima del Médico, con la sobrina del Cura...
- Antonio* —Y contigo, ya ves; eso no extraña a nadie y viene a renovar los viejos temas de la tertulia del Casino. Por más que yo hago casi vida de desterrado.
- Rosario* —No andas bien de salud; tanto estudiar...
- Antonio* —Tengo prisa, quiero ganar tiempo. Así te tendré más pronto. Pero he de metodizarme. Esta mañana sentí de nuevo aquel desvanecimiento de la otra noche; menos fuerte, sí; pero inquietador.
- Rosario* —(Fria) ¿Otra vez? ¿Esta mañana dices?
- Mercedes* —(Vivamente) Antonio, ¿está usted enfermo?
- Antonio* —(Sin darle importancia) ¡Oh! Yo creo que no es nada; un vivo dolor en la cabeza, una niebla en los ojos que luego poco a poco se desvanece. Y nada después.
- Rosario* —La otra noche sí nos asustaste.
- Mercedes* —No debe usted descuidar la salud.
- Antonio* —He consultado con Don Gustavo, el joven y ya ilustre doctor.
- Mercedes* —(Con interés) ¿Y qué le dijo a usted?
- Antonio* —Me recetó unos arsenicales y confió en mi buen sentido. No dió importancia a mis indisposiciones.

*Mercedes* —Voy a enseñar los claveles a Doña María. Quedan ustedes solos. Cuidadito ¿eh? (Saliedo lateral izquierda.)

ESCENA VIII

ROSARIO, ANTONIO

*Rosario* —Pobrecito mío. Has estudiado hoy mucho ¿verdad?

*Antonio* —Un poco esta mañana.

*Rosario* —Así me gusta; hasta en los días de fiesta trabaja mi niño.

*Antonio* —No creas que el esfuerzo me duele. ¿Qué importan el cansancio y la suprema tensión si luego el premio has de ser tú? Porque si el tedio asoma a mi tarea, tengo contra él tu recuerdo, que es el mejor elixir de fuerza y de vigor; y es que cuando se quiere como yo a tí, se lleva siempre delante de los ojos la sombra de un hada, la silueta querida. Así el recuerdo de la novia es como otro Ángel de la Guarda que nos preserva de muchas caídas.

*Rosario* —Eso, eso quiero yo; que te acuerdes mucho de mí.

*Antonio* —Siempre, a todas horas, es bastante más que mucho. Tu nombre está a cada instante en mis labios, y no sé, al pronunciarlo, qué gusto a miel me deja.

*Rosario* —¿Con que mi nombre está dulce?

*Antonio* —No es dulzura del paladar, sino del alma; porque hay palabras que son cariciosas, aterciopeladas, llenas de mimo y suavidad. Palabras que aun dichas por una voz muy ronca, son como una música que baja del cielo. Madre y novia son palabras así, castas, breves y transparentes como un cristal lleno de sol. Todas las verdaderas aristocracias, y la de las veces también, son muy reducidas, y aun a veces ésta sobra; en amor, nada más elocuente que algunos silencios.

*Rosario* —Por eso a tí te gusta tanto callar; eres un huronco.

*Antonio* —Soy... un enamorado. Y en todos los idiomas cuando el cariño vuela a su más alta cumbre buscando su expresión propia, no encuentra palabra en que cristalizar tanta ansia, tanto anhelo, tan viva efusión... Por eso existe el silencio de la adoración; y es entonces cuando se oye si los corazones laten a compás.

*Rosario* —Elocuente estás hoy.

*Antonio* —Es abrir un poco la válvula. Cuando se habla con sinceridad, por muy mal que se hable, se es elocuente.

*Rosario* —Eso quiero en tí, sinceridad. Vosotros los hombre nos aturdís con cuatro palabras bonitas y con ellas dorais la píldora del engaño.

*Antonio* —No me hables así. Quien duda, puede hacer dudar. Yo te quiero, te quiero mía, y para que esto sea ocurrirá una cosa. Acíértala (El diálogo sigue "acaramelado" hasta el final de la escena) Acíértela usted, señorita.

*Rosario* —Un premio, un premio. La señorita quiere un premio si lo adivina.

*Antonio* —Bien; estos bombones.

*Rosario* —Será... ¿que nos cae la lotería?

*Antonio* —No, no es eso; una cosa mejor, mucho mejor.

*Rosario* —Será... ¿que comemos natillas?

*Antonio* —¡Golosa! Mejor, mejor aún.

*Rosario* —¿Mejor que las natillas...? Vamos, quita. Como no sea que tú y yo... que yo y tú...

*Antonio* —Que tú y yo...

*Rosario* —Como no sea que los dos nos pongamos de rodillas con muchísima devoción delante de Don Juan el párroco; y Don Juan diga con voz acampanada: Don Antonio Rubiarte de los Llanos, ¿quiere usted por esposa a Doña Rosario Pastizal y Gil? Vamos a ver, ¿qué contestarías tú?

*Antonio* —¿Yo? Pues que sí.

*Rosario* —¡Bobo! Podías haber dicho que no, y hacer-

me rabiarse un poco. Yo te aseguro que cuando Don Juan me haga la misma pregunta vuelta del revés, diré que no, que no y que no. ¡Uy! qué escándalo se armará. Los padrinos corren, Don Juan se desmaya, tú lloras: ¡ji, ji, ji! Yo me río: ¡ja, ja, ja! Y de pronto me pongo muy serio y digo: ¡Señores, ha sido una broma! Doña Rosario etc. y etc., quiere muchísimo a Don Antonio etc. de etc. Que conste. Y todos tan contentos.

*Antonio* —Te los has ganado, fea. (Le dá los bombones)  
*Rosario* —Dámelos, feo. (Se acercan como si fueran a besarse)

### ESCENA IX

ANTONIO, ROSARIO, DOÑA MARIA

*D.<sup>a</sup> María* —(Entrando) Vosotros sí que os la vais a ganar.  
*Antonio* — Buenas noches, Doña María... Jugábamos.  
*D.<sup>a</sup> María* —Adios, Antonio... Ya lo he visto, ya. Rosario, ven; Mercedes te necesita.  
*Rosario* —Antoñito, hasta ahora; salimos enseguida. (Se van)

### ESCENA X

ANTONIO

*Antonio* —Deliciosa muchacha esta Rosario. En ocasiones me parece que no la quiero. Otras veces me digo que ella es para mí más que todo en el mundo, acaso el mundo mismo, el universo encerrado en un cuerpo de mujer. Y así veo en sus pupilas todo el azul del cielo y siento en su sangre toda la lumbre del sol ¿Quién puede sin embargo descifrar el enigma que guarda un corazón femenino? A veces no se que extraña luz tiene en el fondo de los ojos, como si estuviera lejos, apartada de mí... Un

día me dijo: Para demostrarte mi cariño quisiera hacer algún sacrificio por tí. Si ese deseo es cierto, me quiere de verdad. El amor ha de resistir la adversidad, y dar en ella sus más espléndidas flores; porque amor que flaquea con la pobreza, con la ausencia o con la enfermedad, no es amor, sino ficción; algo peor aún, hipocresía; acaso algo peor aún, insanos apetitos. Pero Rosario es para mí un ángel... Alguien viene.

### ESCENA XI

DON LUIS, ANTONIO

*Don Luis* —(Entrando por el foro) Hola, pollito. ¿Usted por aquí?  
*Antonio* — Buenas noches Don Luis; ¿vendrá usted del Casino?  
*Don Luis* —Del Casino, muchacho. ¡Oye! Compadece a Don Eleuterio, el boticario.  
*Antonio* —¿Qué dice usted? ¿Se ha puesto enfermo?  
*Don Luis* —Nada de eso. ¿Qué enfermedad ni qué naranjas? Te digo que lo compadezcas. Es un infelizote.  
*Antonio* —¿Por qué es un infeliz?  
*Don Luis* —Tú sabes que yo soy un terrible carambolista, y que todas las noches me juego mi partidita en el Casino.  
*Antonio* —Y sé también que todos le tienen a usted miedo y que nadie le disputa el triunfo si no es dando usted previamente buen número de tantos.  
*Don Luis* —Eso es, eso es; bueno; pues esta noche he jugado con el boticario, dándole ochenta a ciento y... ¡se ha quedado en ochenta y uno! Se ha quedado en ochenta y uno, y se ha quedado con un chichón como un huevo de pata.  
*Antonio* —¿Cómo con un chichón?  
*Don Luis* —Como un huevo de gansa, así de gordo. (En-

señando el puño) ¿A quién se le ocurre jugar al billar con una cabeza redonda como una bola y más limpia de pelo que el marfil? ¡Está uno muy expuesto a equivocarse!

*Antonio* — ¡Ha hecho usted con su frente carambola!

*Don Luis* — Hombre, te diré: carambola precisamente, no le he hecho; le he hecho un bulto así, doloroso y ovoidal. Verás como fué, al hacer un picado. Cojo el taco, pico algo bajo, y ¡zás!, hago en el paño un roto pentagonal; sube la bola disparada describiendo una rama de parábola, y ¡zás!, al chocar con la banda, se transforma el movimiento parabólico en rotación elipsoidal y vertiginosa; entonces se desprende de la mesa la esfera y ¡zás! le dá en la frente a Don Eleuterio y le hace de relieve un paralelepípedo. Yo suelto el taco, Don Eleuterio suelta varios tacos, le doy mis excusas, le ponen vinagre, se agría y me pone verde, el paralelepípedo comienza a ponerse morado, yo me vengo antes de que aquello se ponga negro, y nada más.

*Antonio* — ¡Nada más! ¡Le parece a usted poco? No opinará así Don Eleuterio, seguramente.

*Don Luis* — ¡Chico, si oyes el porrazo como sonó!

*Antonio* — ¡A hueco!

*Don Luis* — A hueco... ¡A calabaza! Evidentemente, a calabaza. Don Eleuterio no vá muy allá, me consta. Es un boticario que confunde la aspirina con el jarabe de rábanos.

*Antonio* — ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene usted buen humor! ¿Y el salón de baile, como está?

*Don Luis* — ¿Y mi mujer? ¿Por dónde anda?

*Antonio* — Está con Mercedes y Rosario, allá dentro, arreglándose.

*Don Luis* — (Después de mirar por las puertas y convencerse de que están solos) Chist... Chist... No quiero que mi señora me oiga, porque luego no hay quien la convenza de que yo no entro al baile más que como una especie de bastonero honorario. Bueno, ¿a qué no sabes quien ha sido la pri-

mera máscara? ¡La sobrina del Juez, que oculta sus cincuenta años bajo un disfraz de bebé! Está para comérsela. Pues ¿y Doña Tecla? ¿Qué me dices de Doña Tecla? Doña Tecla, que tiene ya un nieto que fuma y se ha presentado vestida de explorador; no sé si a explorar o a dejarse explorar.

*Antonio* — ¡Qué locas! ¡Qué locas!

*Don Luis* — En cambio, allí tienes a las dos hijas de Don José Antonio, esos tiernos pimpollitos, deliciosamente vestidas de abuelas del siglo diez y ocho. Percalina y cuentas de vidrio, y además, un olorcico a cebolla que apesta. En lo de la cebolla las conocí. Porque Don José Antonio, mucho rango, mucho puro, mucho vestir, mucho café, y luego en la mesa, mucha cebolla. Allí están también desde primera hora, los oficialitos de Infantería. Para ellos va a ser la fiesta. Y conste que me alegro por las chicas del pueblo. Así no harán el ridículo.

*Antonio* — ¿Por qué, Don Luis? No comprendo su afirmación.

*Don Luis* — ¿No has observado lo que pasa? Se anuncia baile; los pollos vais de casa en casa invitando a las chicas. Las chicas arreglan sus disfraces, viven unos días de ilusión pensando en lo que se divertirán, se ponen de veinte alfileres, se cubren el rostro con una careta, y a gozar. Llegan al salón; en una punta, una peña de muchachos; en otro extremo, todas las jóvenes en un grupo; en medio, para estorbar si alguna pareja baila, los casados, con cigarro y sombrero; y a gozar; a gozar, murmurando los unos de los otros; el eterno enredo de pueblo. Así es que llegan estos militares y tienen soltura, y son cortesmente atrevidos, y obsequian a las jóvenes, y se hacen los dueños de la situación.

*Antonio* — Es cierto.

*Don Luis* — Pues a tí, y si no a tí a tus amigos, corresponde volver por los fueros de la galantería.



Y es que todo decae. ¡En mis tiempos sí que organizaba yo buenos bailes! Ojalá no lo hubiera hecho, amigo Antonio. (Confidencialmente) En uno de ellos conocí a mi mujer ¡y tuve que casarme! ¡Yo! ¡Yo! ¡Casarme yo! Pero esto son cosas del siglo pasado. ¿Y las muchachas? ¿No están aún? (Llamando) ¡Rosario! ¡Mercedes!

ESCENA XII

ANTONIO, DON LUIS, ROSARIO, MERCEDES

- Rosario* — (Entrando con Mercedes; llevan ambas mantilla blanca y flores) Aquí estamos, papá. ¿Qué os parece?
- Mercedes* — Buenas noches, Don Luis.
- Don Luis* — (A Mercedes) Bien por las muchachas bonitas.
- Antonio* — Bien por las lindas nietas de Goya.
- Rosario* — Qué, ¿te gusta de veras? Somos las españolas de la mantilla. En los labios la risa de Andalucía.
- Mercedes* — La sangre ardiente de Castilla en las venas.
- Rosario* — La gracia luminosa de Levante en el rostro.
- Mercedes* — En los ojos, el bello y claro sol de España.
- Rosario* — (A Antonio, con zalamería) Y en mi corazón tío.
- Mercedes* — Se prohíben los mimos. ¡Al baile! ¡Al baile! Usted Don Luis, nos acompaña.
- Rosario* — Eso es, papá.
- Mercedes* — Usted nos acompaña hasta la puerta del salón. Con disimulo ¿eh? Y usted Antonio (volviéndose hacia él) ¡Oh! ¿Qué es? (Dice esto porque Antonio ha hecho un gesto de dolor y se ha llevado las manos a la cabeza. De aquí en adelante, contrastará la frialdad de Rosario, con el interés de Mercedes por Antonio. Los gestos y movimientos los acomodará el director de escena al diálogo.)
- Rosario* — ¡Antonio!
- Don Luis* — ¿Se ha puesto usted malo?
- Antonio* — (Con naturalidad) No... no es nada. Un desvanecimiento... pasa ya...

- Rosario* — ¿Ahora te vas a poner malo? Mercedes, prenda bien este clavel.
- Don Luis* — Son ustedes flojos los hombres de hoy.
- Antonio* — (Esforzándose) Pero si no es nada... Ahora sí; (Demudado) la punzada... ¡Oh! ¿Qué es esto..?
- Don Luis* — ¡Muchacho!
- Antonio* — La cabeza.. Dios mío... No veo... ¿Dónde está la luz..? No veo la luz.
- Mercedes* — Que pálido está. ¡Antonio! ¡Oh, qué es?
- Rosario* — ¡Mamá! ¡Mamá!
- Antonio* — Otra vez el dolor... No veo nada... Me caigo... (Antonio pierde el sentido; sentado, Mercedes y Don Luis le sostienen.)

ESCENA XIII

DICHOS Y DOÑA MARIA

- D.<sup>a</sup> María* — (Entrando) ¡Antonio! ¿Qué tienes?
- Don Luis* — Este muchacho se ha puesto enfermo de veras.
- Mercedes* — Está frío; ha perdido el conocimiento.
- Rosario* — Mojadle la frente; con la impresión se le pasará.
- Don Luis* — No, esto no se quita con agua. ¡Antonio!
- D.<sup>a</sup> María* — ¡Señor! ¡No vuelve en sí!
- Rosario* — ¡Antonio!
- Mercedes* — ¡Qué frío y qué pálido!
- Don Luis* — Se nos cae al suelo. Debemos acostarlo. En nuestra cama.
- D.<sup>a</sup> María* — Sí, vamos. (Entre los dos se lo llevan lateral izquierda segundo.)

ESCENA XIV

ROSARIO, MERCEDES

- Mercedes* — ¡Dios mío! ¡Dios mío!
- Rosario* — Yo creo que se le pasará.
- Mercedes* — Esto me ha hecho mucha impresión. ¿Quién lo esperaba?
- Rosario* — ¡Qué contratiempo!

*Mercedes* — Se me ocurren disparates. ¡Ha puesto una cara?... Rosario, tú no la has visto.

ESCENA XV

ROSARIO, MERCEDES, DON LUIS

*Rosario* — ¡Qué compromiso, este muchacho aquí de este modo!  
*Mercedes* — (Viendo salir a Don Luis) ¡Oh, Don Luis! Llame usted al médico, enseguida.  
*Rosario* — Sí, papá, sí.  
*Don Luis* — Yo mismo, al principal. Don Gustavo no se habrá acostado aún. También advertiré a Doña Dolores; afortunadamente es aquí al lado. (Sale por el foro.)

ESCENA XVI

ROSARIO, MERCEDES

*Rosario* — No te alarmes; verás como no es nada.  
*Mercedes* — Ya no iremos al baile; aunque no sea nada te digo que no tengo gusto.  
*Rosario* — ¿Por qué? Si se le ha de pasar. ¡Mira que el contratiempo!  
*Mercedes* — (Se quita la mantilla) No sé por qué se clavan en mí tan adentro los dolores de los demás. No sé si es bondad o debilidad.

ESCENA XVII

DICHAS, DON GUSTAVO Y DON LUIS

*D. Gustavo* — ¿Se puede?  
*Rosario* — Don Gustavo, pase usted.  
*D. Gustavo* — Señoritas... En la escalera encontré a Don Luis, ya sé... Ha sido fulminante ¿verdad? Ese muchacho está agotado. Vamos.  
*Don Luis* — Vamos. Su madre está ya advertida. (Don Gustavo y Don Luis, salen lateral izquierda.)

ESCENA ULTIMA

ROSARIO, MERCEDES, DESPUÉS DOÑA MARIA

LUEGO DOÑA DOLORES

*Rosario* — (Con impaciencia e indiferencia) No será nada, no será nada.  
*Mercedes* — ¡Oh, Virgen Santa! Este muchacho tan bueno, tan cariñoso...  
*Rosario* — (Que se habrá acercado al balcón.) ¡Ah..! El capitán..  
*Mercedes* — Yo no sé por qué tengo este amargo deseo de llorar. (Se sienta, la cabeza entre las manos.)  
*Rosario* — El capitán es, me hace señas. (Quedará abstraída sin darse cuenta del diálogo que sigue.)  
*D.<sup>a</sup> María* — (Entrando lateral izquierda segundo) ¡Qué dolor, qué dolor!  
*Mercedes* — (Se dirige a ella vivamente) Doña María... ¿qué dice Don Gustavo?  
*D.<sup>a</sup> María* — Hay que traer esta receta.  
*Mercedes* — ¡Pero y él! ¿Cómo está él...?  
*D.<sup>a</sup> María* — ¿El? Una gran desgracia; anemia cerebral... la retina... no sé...  
*Mercedes* — ¿Pero vive? ¡Oh qué ansia!  
*D.<sup>a</sup> María* — Sí, vivir, sí. No hay peligro de muerte; pero es algo, quien sabe si peor; se quedará para siempre... ciego. (Sale lateral izquierda primer término.)  
*Rosario* — (Que hace señas a la calle) Me enseña una carta... ¿En el baile...? Sí, luego...  
*Mercedes* — (Con asombro y dolor) Ciego. ¿Ciego...? Para siempre... ¡Oh, Señor! (Se arranca las flores y queda llorando sentada.)  
*Rosario* — (Luego de una seña a la calle se dirige alegremente a Mercedes) El capitán me ha hecho señas... Luego, en el baile... ¡Se nos va a hacer tarde! Ya ha reaccionado Antonio ¿verdad? Don Gustavo habrá dicho que no es na... ¿Qué te pasa? ¿Y esas flores en el suelo? ¿Te duele la cabe-

za? ¡Qué gente más delicada! ¿Pero lloras?  
¡Lloras! ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¡Habla por  
Dios!

*Mercedes* — Nada... no es nada... Tu novio...

*Rosario* — Mi novio, ¡dí!

*Mercedes* — Tu novio... que se ha quedado para siempre  
ciego.

*Rosario* — (Con asombro y duda) ¿¡Ciego!?

*D.<sup>a</sup> Dolores* — (Entrando) ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi vida! ¡Dón-  
de está?

### TELON RÁPIDO

## ACTO SEGUNDO

*¿Que sacrificio por tí mi felicidad?  
¡Si eso es lo único que no puede hacer  
el amor! ¡Sacrificar la felicidad por  
quien se ama! ¡Pues qué mayor feli-  
cidad!*

JACINTO BENAVENTE

La acción también en Mineda. Han pasado seis meses; estamos, pues, en Septiembre; tarde calurosa. Al alzarse el telón aparece el jardín de la casa de Antonio: geranios, campanillas, claveles y rosales floridos. En los altos árboles ya se anuncia el otoño con tenues tintas doradas. Cielo meridional de un azul de canícula. Al fondo verja con puerta practicable. Tras de la verja, edificio que con ella forma calle. Lateral derecha, fachada posterior de la casa de Antonio, con puerta al jardín. En el centro de la escena un macizo de plantas; entre el macizo y la casa butacas de mimbre.

## ESCENA I

ZAPETA, SEÑOR PÉREZ

*Zapeta* —(Desde la puerta de la verja, luego de ver que no hay nadie) ¡Jacinto! (Entra) ¡Jacinto! El jardinero no está. La puerta principal está cerrada... y ésta también. (La de la casa) Yo he visto bajar del carruaje a Antonio, su madre y la criada. Llamaré.

*Sr. Pérez* —(Entrando de la calle) Hola, Manuela ¿qué tal? ¿cómo se ha venido?

*Zapeta* —¿Cómo Manuela? ¡Señor Pérez, por Dios!

*Sr. Pérez* —Dispensa Zapeta, dispénsame. Esta miopía...

*Zapeta* —Pero eso no es miopía, eso es ceguera. Mire usted que tomarme por la criada... No se habrá usted confundido por las curvas. (Hace el gesto apropiado.)

*Sr. Pérez* —Es que me han dicho que Antonio ha venido del campo; y como es tan buen amigo, y el pobre ha sufrido tanto con su enfermedad, me dije: voy a saludarle; y entro, y al verte he supuesto que eras su criada. Cada día veo menos.

- Zapeta* —Pues buenas planchas que se tira usted. La otra tarde le observé desde el estanco. Le dió usted un sombrero tan descomunal a la maceta de lirios que tiene doña Rita en el balcón, que no sé como no le contestó a usted la maceta. Dentro de poco tendrá usted necesidad de una *lupia* para ver las cosas.
- Sr. Pérez* —¡Que exagerado! Bueno, yo vengo a saludar a Antonio, como te he dicho.
- Zapeta* —Lo mismo que yo.
- Sr. Pérez* —Me han dicho que acaba de llegar; esperaremos a ver quien sale.
- Zapeta* —Me parece muy bien.
- Sr. Pérez* —Bueno, Zapeta ilustre, ¿qué me cuentas de la guerra? (Se sientan.)
- Zapeta* —Nada de particular, Señor Pérez; si no que a mí me parece que los prusianos no entran en París.
- Sr. Pérez* —Hombre ¿tú qué sabes? Yo creo todo lo contrario. París está destinado a caer.
- Zapeta* —Con las ganas se quedará usted; en estos tiempos ya no se cae más que el que tropieza, y en París hay buenos pies.
- Sr. Pérez* —Pero faltan cabezas, y la cabeza es la que guía y dirige; por eso la cultura prusiana...
- Zapeta* —(Interrumpiendo) Con K; cultura, pero con K.
- Sr. Pérez* —Con K o con Q, lo cierto es que no hay derecho a llamar bárbaro, como hacen algunos, a un pueblo que marcha a la cabeza de la civilización; a un pueblo que es la patria de Wagner y de Heine, la cuna de Nietzsche...
- Zapeta* —No me jorobe usted, Señor Pérez; en cualquier parte hay hombres ilustres.
- Sr. Pérez* —Te advierto que hoy se le llama hombre ilustre a cualquiera; los que yo he citado son eminentes, excelsos...
- Zapeta* —Nunca llegarán a fenómenos, como Belmonte.
- Sr. Pérez* —¡Hombre, Zapeta!
- Zapeta* —Si, señor; yo hablo claro, yo soy más claro que la leche de cántaros; a mí no me aturde usted con cuatro palabras *higrométricas*. A

- cada cosa su nombre. (Se levanta) ¿Quién es Wagner? Un mal murguista. ¿Y Heine? ¿Quién es Heine? Un poeta llorón.
- Sr. Pérez* —¡Horror, Zapeta! (Se levanta.)
- Zapeta* —Si señor, las cosas como sean. ¿Quién es Kant? El perro filósofo. ¿Y el idioma alemán? Un ladrido.
- Sr. Pérez* —(Exaltado) ¿Y Nietzsche? (Dirá Nieli)
- Zapeta* —(Idem) ¿Nich? ¡Un estornudo! (Siguen en tono violento.)
- Sr. Pérez* —¿Y el 606? Vamos a ver, ¿qué me dices de eso?
- Zapeta* —¿El 606? ¡Un número capicúa!
- Sr. Pérez* —Zapeta... ¡Hombre, Zapeta..! ¡¡Por Dios, Zapeta!!
- Zapeta* —¡Zapatos! No entrarán en París, no y ¡no!
- Sr. Pérez* —Te digo que entrarán en París, sí y ¡sí!
- Zapeta* —Señor Pérez... ¡Miau!
- Sr. Pérez* —¿Cómo?
- Zapeta* —He dicho que ¡miau!
- Sr. Pérez* —¿Miau? ¡¡Fu!!
- Zapeta* —¿Fu?

## ESCENA II

### DICHOS Y MANUELA

- Manuela* —(Entrando lateral) Zape... Zape... Zapeta, Señor Pérez, ¿son ustedes?
- Zapeta* —¡Manuela!
- Sr. Pérez* —Ilustre fámula.
- Manuela* —¡Jesús! Los había *tomao* a *ustés* por *Zafiruz* y *Micipón*.
- Sr. Pérez* —Micifuz y Zapirón serán, mujer.
- Manuela* —Lo mismo dá, Señor Pérez. Si *hubiá* dicho claramente que parecían *ustés* dos gatos no me *hubiá equivocao*.
- Sr. Pérez* —Bien, Manuela. Pero vamos a lo nuestro. Nos han dicho en el Casino que habían ustedes venido del campo. A tí ya te vemos; Antonio ¿ha venido también?

- Manuela* —No hace un cuarto de hora que *lleguemos*. Antonio está arriba, con Doña Dolores, limpiándose el polvo.
- Zapeta* —¿Y es verdad que viene curado?
- Manuela* —Sí señor, viene curado; nos creímos *tós* que se quedaba ciego. ¡Que lástima, Señor! Dá frió pensarlo. Dos semanas estuvo sin ver *ná*; luego ha ido mejorando y ya está bien; pero ha *sío* cosa muy grave.
- Sr. Pérez* —Por el pueblo se dijo que se iba a quedar ciego para siempre.
- Manuela* —La Virgen Santísima no lo ha *querío*. Lo que ha *llorao* su madre, y lo que hemos *llorao* *tós* hasta que el médico no dió esperanzas; pero ahora no se le conoce ya la *enfermedá* tan grande que ha *pasao*.
- Zapeta* —¿No le podremos ver?
- Sr. Pérez* —¿No podremos saludarle?
- Manuela* —Mejor es que vuelvan ustedes luego.
- Zapeta* —Mejor será. Oye, Manuela ¿y sabe Antonio la noticia?
- Sr. Pérez* —¿Se ha enterado, se ha enterado?
- Manuela* —¿De qué? Se ha enterado ¿de qué?
- Zapeta* —Digo que si Antonio sabe que a fin de mes se casa Rosario, la que fué su novia, con el capitán Jorge de Béjar.
- Manuela* —No sé si lo sabe; pero me parece que no debe estar *enterao*. Las cosas de esa muchacha le interesan poco. Ya ven *ustés*, con el comportamiento que ella tuvo *pá* él la noche del ataque, es *pá* no mirarla más; y luego porque decían que se iba a quedar ciego, cuatro cartas de compromiso y no me acuerdo si te ví.
- Sr. Pérez* —Sí que ha obrado mal Rosario.
- Zapeta* —Eso mismo digo yo.
- Manuela* —Muy mal que se ha *portao*, sí señor. Mientras *traimos* aquí a Antonio con mil *cuidaos*, que no quiero acordarme de lo que *pasemos*, la niña se fué al baile; se cuenta y no se cree, y eso que es muy *verdá*. *Aluego* dicen que los hombres son malos.

- Zapeta* —Es un poco duro eso.
- Manuela* —*Pa* mí que Antonio ha *sufrió* mucho, porque la quería, y a cualquiera le doy yo el trago de querer a una persona y que luego en los momentos tristes falte su consuelo, que es cuan más se necesita.
- Sr. Pérez* —Pues no falta quien la disculpe con razones de cierta indole diciendo que esa muchacha no iba a sacrificar su juventud por un hombre ciego.
- Manuela* —En el mundo hay gente *pa* *tó* ¿Tiene disculpa, entre cristianos, que una mujer a punto de casarse olvide a su novio en una hora?
- Sr. Pérez* —¡Eso es cosa corriente!
- Manuela* —Diga *usté* que las cosas que ahora pasan no han *ocurrío* nunca. Casi *toas* las muchachas tienen en su casa ventanas a dos calles, y en *ca* ventana tienen un novio y con *ca* novio tienen un lío; de los pollos no quiero decir *na* por no ponerlos a *ustés* *coloraos*... ¿Hay que cantar? ¡Cantemos! ¿Hay que gozar? ¡Goce-mos! ¡Te quiero más que a mi *vía*! Pero llega el dolor con sus tragos amargos, y entonces no es cosa de sacrificarse ¿*verdá*? Como que ayudar a reír cualquiera lo hace; *pa* ayudar a llorar es *pa* lo que hace falta corazón.
- Zapeta* —¡Bien dicho!
- Sr. Pérez* —¿Dónde has leído eso, Manuela?
- Manuela* —En ninguna parte, que me estorba lo negro. Lo he *aprendío* en la vida. ¡Pues ahí es *ná*, lo que bregué yo con las borracheras de mi *marío* que en gloria esté!
- Zapeta* —Tres años estubo loco ¿no?
- Manuela* —Cerca de tres años. El pobre estaba *apolillao*, lo que se dice *apolillao*. ¡Lo que le gustaba beber! Una vez tuvo dolores, le mandaron friegas de aguardiente *alcanforao*, y en un descuido se atizó *tó* el frasco. Oigan *ustés*, y se le quitó la polilla.
- Zapeta* —Claro, Manuela, con el alcanfor.

*Manuela* —Digo que se le quitó la ruinera; pero le entró una locura... Unos días me llamaba la Cleo de *Merosde*; otros me atizaba *ca palo* que ni *Sasón* a *Lalila* y yo (compunjada) hecha una esclava; (llorando) y yo cada día queriéndolo más hasta su muerte; cuando se lo llevaron le puse en la caja una botella de *rón*.

*Sr. Pérez* —Eso es ser borracho.

*Zapeta* —Eso es ser cariñosa.

*Sr. Pérez* —No te enterzcas, mujer. Ea, nos vamos y dí a Antonio que volveremos luego.

*Zapeta* —Eso es; hasta luego Manuela.

*Manuela* —Vayan con Dios, vayan con Dios. (Se van por el foro.)

ESCENA III

MANUELA

*Manuela* —Apuesto cualquier cosa a que estos han venido a contarle al mismo Antonio eso de Rosario, a ver la cara que ponía. Que vuelvan y que se molesten. Yo me voy a llevar esta carta a Mercedes, que si tardo, Antonio se enfadará. Y si Rosario se casa con el capitán Béjar por lo de las estrellas, que *estrellá* se vea. (Se va por el foro.)

ESCENA IV

ANTONIO, DOÑA DOLORES

*Antonio* —(Entrando lateral) Aquí en el jardín hace más fresco, mamá; he bajado por eso.

*Dª Dolores* —Lo que tú quieras, hijo mío ¿cómo te encuentras?

*Antonio* —Me siento bien, mamá.

*Dª Dolores* —Mira que hermoso está el rosal.

*Antonio* —Ya lo veo.

*Dª Dolores* —Bendito sea Dios, que te permite esa alegría después de tanta inquietud...

*Antonio* —Tiene bastantes rosas, pero está muy descuidado. ¡Como se conoce que Jacinto no está aquí casi nunca!

*Dª Dolores* —Ya sabes lo que nos tiene dicho; no puede atender a esto, y nuestro pobre jardín sin jardinero y con la puerta siempre abierta es casi un sitio público. ¡Gracias a que dá a calle tan solitaria..! Habrá que poner en orden estas cosas y cuanto hemos desatendido durante tu enfermedad.

*Antonio* —Hay que cerrar ya este lamentable paréntesis abierto en mi vida.

*Dª Dolores* —Dime, Antonio; estás un poco pálido, ¿te sientes de algo?

*Antonio* —Comprendo tu inquietud, mamá; pero no tengo nada.

*Dª Dolores* —Ya hace seis meses de tu ataque.

*Antonio* —¡Seis meses! Es verdad.

*Dª Dolores* —Estás algo nervioso.

*Antonio* —Te hablaré con sinceridad, madre. En esos seis meses nunca hemos hablado de Rosario, y ya ves si Rosario me ha hecho daño.

*Dª Dolores* —¿A qué me dices esto?

*Antonio* —Yo comprendo por qué no me has hablado de ella; creías hacerme daño también... y así hubiera sido. Pero hace un momento acabo de enterarme de algo que acaso tú misma no sepas.

*Dª Dolores* —¿De qué te has enterado, hijo?

*Antonio* —Hace un momento he oído como Pérez decía a Manuela que Rosario se casa con Béjar a fin de mes.

*Dª Dolores* —Eso... ya lo sabía.

*Antonio* —¿Y por qué no me lo has dicho?

*Dª Dolores* —Tú me has dado la excusa antes. No te lo he dicho por lo mismo que te oculté tantas otras cosas de esa muchacha.

*Antonio* —Todas las he sabido, madre; qué hizo la noche de mi ataque, qué cartas me ha escrito,

qué conducta ha sido la suya... A nadie, si no a tí, importa saber cuanto he sufrido para enterarme hoy de que se casa... y no sufrir nada.

*D<sup>a</sup> Dolores*—Es verdad.

*Antonio* —Pero ahora ella está muy lejos de mí; y esto es lo que quiero que sepas, para que tú no sufras por lo que a mí no me causa dolor; para que podamos hablar de esto como de algo que no nos importa.

*D<sup>a</sup> Dolores*—Bueno, hijo mío; figúrate si eso me alegra; lo que no comprendí nunca es como te enamoraste de ella.

*Antonio* —Siempre la tuve un afecto fraternal; el vivir pared por medio tantos años, la intimidad de las familias, nuestros juegos de niños en este mismo jardín, me unieron a ella con lazos que yo interpreté mal; luego me atrajo su belleza de manzana; de espléndida manzana que tiene podrido el corazón... Pero te digo que ella puede vivir ahí mismo toda la vida, y aun bajar aquí como otras veces, sin que eso pueda hacerme impresión.

*D<sup>a</sup> Dolores*—No me extrañaría que hiciera eso que dices, bajar al jardín, y hasta apostarí que lo hizo durante nuestra ausencia; verdaderamente, la situación de ambas casas nos obligó durante mucho tiempo a hacer vida casi común; pero desde vuestro rompimiento la separación se impuso, y por eso, más que por nada, te llevé al campo, hijo mío.

*Antonio* —Y al volver sigue separándonos materialmente solo una pared y un pequeño jardín; en realidad, un abismo insondable que se llama olvido.

## ESCENA V

DOÑA DOLORES, DON GUSTAVO, ANTONIO, LUEGO MANUELA

*D. Gustavo* —(Entra por el foro) Señora, ¿cómo está usted?

*D<sup>a</sup> Dolores* —Bien, doctor, ¿y usted, qué tal?

*D. Gustavo* —Regular, amiga mía. ¿Y usted, querido ex-enfermo, como vá?

*Antonio* —Perfectamente, doctor. Me encuentro bien.

*D. Gustavo* —Nada, querido Antonio, usted está ya curado.

*D<sup>a</sup> Dolores*—¿De verdad?

*D. Gustavo* —Completamente. Debe usted tranquilizarse.

*D<sup>a</sup> Dolores* —En el campo hemos seguido todas sus instrucciones.

*D. Gustavo* —Lo suponía así; la naturaleza ha triunfado.

*Antonio* —Ayudada por la ciencia de usted, por su interés, por su acierto.

*D. Gustavo* —No, Antonio, no; los médicos sabemos muy poco aún, y créame usted que es muy doloroso, algunas veces, ver como todos nuestros esfuerzos resultan inútiles ante la Muerte... Ahí tienen ustedes a Marita Ruiz.

*D<sup>a</sup> Dolores* —Sabía que estaba enferma.

*Antonio* —¿De cuidado?

*D. Gustavo* —Irremediablemente condenada... y a los dieciocho años.

*D<sup>a</sup> Dolores* —¡Que dolor!

*D. Gustavo* —De allí vengo de luchar a brazo partido por evitar lo que es inevitable. Alrededor de Marita estamos tres médicos, y unos a otros nos miramos para decirnos con los ojos: ¿Y nuestra ciencia? ¿Para qué sirve y dónde está?

*Manuela* —(Entra con una carta en la mano). Buenas tardes.

*D. Gustavo* —Buenas tardes.

*D<sup>a</sup> Dolores* —Adiós, Manuela. (A don Gustavo) ¡Y dice usted que no se salvará! ¡Quedan hablando el médico y ella a un lado).

*Antonio* —(A Manuela) ¿Le diste mi recado?

*Manuela* —Sí, señorito, y me dió esta cartita. (Le dá la carta y se va por lateral.)

*Antonio* —(Leyendo luego de abrir el sobre) «Bien venidos; iré al momento». (Con alegría) ¡Viene! ¡Qué buena es! Tengo un ansia de verla... y una duda! Hoy la necesito como a la luz. ¡Viene!

*D. Gustavo* —(Hablando con doña Dolores) Esta noche se decidirá todo; pero casi no tengo esperanzas. Acaso están ya dispuestos parare cibirla sus her-



manos los ángeles y sus hermanas las vírgenes.

*D<sup>a</sup> Dolores* ¡Dios quiera salvarla! Bien, ahí quedan ustedes. Hasta luego.

*Antonio* —Adiós, mamá.

*D. Gustavo* —Hasta luego. (Sale doña Dolores lateral).

## ESCENA VI

ANTONIO, DON GUSTAVO

*D. Gustavo* —Le veo a usted satisfecho y me alegro.

*Antonio* —Me siento bien, muy bien, doctor.

*D. Gustavo* —Nada, su enfermedad es un mal recuerdo que hay que olvidar ya.

*Antonio* —¡Olvidar! Bendita palabra.

*D. Gustavo* —Hay que olvidar los dolores pasados, físicos y morales. Los morales también, ¿comprende usted, Antonio?

*Antonio* —Sé lo que quiere usted decir, Don Gustavo, y voy a contestarle. Acabo de saber que ella... se casa; vea usted mi pulso.

*D. Gustavo* —Es usted hombre fuerte.

*Antonio* —Héroe por fuerza, que es distinto. Si usted hubiera pasado este trance mío...

*D. Gustavo* —Yo también tuve mi fracaso espiritual, y no hace tanto tiempo que no lo recuerde. El lugar y el amigo convidan a las confidencias. Si usted me escucha...

*Antonio* —Con sumo gusto, doctor.

*D. Gustavo* —He sido siempre un empedernido romántico. Hasta mi profesión la considero como una cruzada contra el dolor. Un día he de llevar a usted al Hospital. Con el Hospital sólo pueden convivir los espíritus recios; es una escuela de fortaleza. Pero no es esto lo que iba a decir. (Pausa). Hace diez años tenía yo una novia. Esta novia era rubia, frágil, delicada... Esta novia mía se llamaba Luz.

*Antonio* —¿Sería usted muy joven?

*D. Gustavo* —Veintitrés años. Yo quería a aquella muñeca

de dieciocho intensamente, con esa fuerza expansiva que tiene el corazón en la edad de usted. A mí me parecía Luz la causa única de mi vivir, fuente de mi alegría, esencia de mi alma, aire para mi pecho... Cuando se es soñador se quiere de ese modo o no se quiere.

*Antonio* —¿Y ella?

*D. Gustavo* —Estábamos en absoluto compenetrados. Esto era en Levantina, la hermosa ciudad del litoral. Cuando terminé la carrera creo haber contado a usted que ejercí en Levantina algún tiempo.

*Antonio* —Recuerdo, sí.

*D. Gustavo* —Levantina en Semana Santa resucita sus viejas tradiciones, y abre en el ambiente fabril un paréntesis de misticismo. Las procesiones de Levantina son famosas; en una de ellas sale la Virgen de la Caridad. No deje usted de ver, amigo Antonio, si va usted a Levantina, esta Virgen de la Caridad que tiene a Cristo en brazos y el corazón clavado de puñales. El escultor ha puesto en el rostro de su obra, para simular lágrimas, dos chispas de diamante. Yo soy un poco socialista; yo abomino las riquezas, las joyas, la ostentación; yo no comprendo como un pedazo de carbón cristalizado pueda valer tanto, y a veces costar tanta sangre; pero viendo las lágrimas de aquella Virgen, comprendí claramente para qué hizo los diamantes Dios.

*Antonio* —Es usted tan buen poeta como médico.

*D. Gustavo* —¡Oh! Gracias. Acaso los recuerdos... Prosi-go. La noche de Viernes Santo, en cuya procesión figura esta Virgen, mi novia y yo ocupábamos un balcón con otras amigas de ella, en sitio estratégico de la carrera. Era una perfumada noche primaveral, una de esas noches meridionales tan propicias a todas las exaltaciones. Yo sentía no sé que ansia dentro de mí, a veces mística, a veces sensual... De pronto sonaron los clarines de la Escolta,

y tras los abigarrados trajes bíblicos, surgió la Virgen en su trono radiante de luz, con aquel su dolor sobrehumano en la faz... Algunas veces habrá sentido usted el escalofrío medular de la emoción; en un concierto, al pasar la bandera entre los soldados de España, cuando suena, en la noche, la campana del Viático... Yo tenía veintitrés años y era romántico; no me dá vergüenza confesarle que un frío latigazo recorrió mi espalda y que una rara ternura estremeció mi corazón... Hubiera querido ser un niño para llorar sobre las rodillas de mi madre, como en los lejanos días... Hubiera yo querido que Luz fuese mi madre misma y verter en su regazo, santamente, un ingenuo llanto infantil... Y también hubiera querido dejarme arrastrar por el deseo y fundirme con ella en un interminable abrazo carnal... ¡No sé decir a usted lo que hubiera querido! Ahora... quizás yo mismo me ría de todo esto...

*Antonio* — Siga usted, siga usted.

*D. Gustavo* — Y llegó la Virgen ante nosotros... Con la luz de su trono iba esparciendo por la ancha calle yo no sé que congoja. Dulcemente se oía el gemir de la orquesta en el Miserere, que era como una brisa de sonidos surgiendo del silencio, bajo el inmenso cielo todo lleno de mundos... Mi novia cayó de rodillas... Yo también me incliné... Y fue entonces cuando sentí ese deseo que usted acaso haya tenido alguna vez de ser por siempre generoso y bueno, como los viejos patriarcas; estirpar del corazón todos los odios y los rencores y la maldad.. Hacer de la vida una fiesta de amor.. Yo colocaré en un trono, me dije, a esta Luz que adoro y que ahora, absorba como está, piensa en esto mismo que yo pienso, y pide a su Virgen que yo la quiera siempre, que no la olvide, que nó la engañe, y está vibrando en toda su exquisita sensibilidad. Cree us-

ted eso... ¿Cree usted eso? ¡Qué inocente! En la cúspide de mi sueño—porque estaba soñando—Luz se volvió y me dijo con una espantosa banalidad: ¡Qué terciopelo más lindo el del manto de la Virgen para un traje de baile! Y se quedó de espaldas a la imagen. Cuando miró a la calle nuevamente, ya el trono, lejos, era un divino resplandor. Y entre la turba, un hombre atrocemente mutilado se arrastra sobre el barro, como un reptil, tras aquel haz de estrellas; y mi novia se rió del mutilado... Piense usted que yo la quería por espiritual, y ella pensó en un baile ante la Dolorosa; piense usted que yo la quería por sensitiva, y ella no sintió la emoción del misticismo, ni siquiera la emoción del arte; piense usted que yo la quería por buena, y ella se rió de unos despojos vivientes; piense usted que yo la adoraba como a un ángel, y resultó ser solo una mujer.

*Antonio* — ¡Oh! ¿Y qué sintió usted?

*D. Gustavo* — Sentí... lo que un avaro a quien todo su oro se le ha vuelto ceniza. Sentí más que eso: Como si después de un viaje hubiera entrado en mi casa con ansias de besar a mi madre, que es una santa; y mi madre hubiera estado embriagada soezmente. He aquí la historia de mi desengaño, acaso un poco sutil. Pero ese es mi carácter.

*Antonio* — Los espíritus delicados le comprenden a usted. Yo lo admiro.

*D. Gustavo* — Me costó trabajo olvidar, pero olvidé. Estas heridas del alma son como de estilete, profundas, casi mortales; pero si cicatrizan, apenas dejan señal. Y no olvide usted que para la curación de estos males, no hay nada como el bálsamo de otra alma de mujer. ¿Usted no ha visto los cuadros fundentes?

*Antonio* — Si, esas proyecciones en que una silueta se esfuma lentamente y de su sombra última surge poco a poco otra silueta más lim-

*D. Gustavo* — pia, más clara, más bella que la anterior. Precisamente; ese es el secreto para olvidar. Que el recuerdo se borre poco a poco, y sobre la imagen de la mujer que se olvida se dibuje con firme trazo la nueva imagen de otra mujer. (Pausa) Yo no la encontré. Usted debe buscarla.

*Antonio* — Acaso la tenga ya.

*D. Gustavo* — Me alegraría mucho, si es mujer con ternura. La ternura en los espíritus es como en las flores el agua del rocío. Belleza, sí, pero bondad también, como precioso engarce para alzarla del polvo, término fatal de todas las perecederas cosas que no son alma. Dichoso usted si encontró ambos dones unidos; usted podrá gustar un poco de felicidad, el exótico manjar de dioses.

*Antonio* — Estoy escarmentado de la frivolidad, que repugna a mi alma como al paladar los manjares acedos. Muchas veces pienso con qué justeza se llamó mariposas a las mujeres frívolas. Mariposa fué Luz. ¿verdad? También fué mariposa Rosa:io...

*D. Gustavo* — Es un nombre bonito: Mariposa... Pero un día, tarde o temprano, las alas, las débiles y tenues alas, se queman o se rompen. Entonces la bella mariposa no es ya más que un gusano.

*Antonio* — ...No es ya más que un gusano...

*D. Gustavo* — (Se levanta) Y termino la visita, tan grata para mí. Medite usted mucho sobre cuanto hemos hablado. Saludaré a Doña Dolores. Adiós, Antonio.

*Antonio* — Adiós, querido doctor.

ESCENA VII

—  
ANTONIO

*Antonio* — Tarda Mercedes. ¿No vendrá? (Pausa) ¡Como los cuadros fundentes! Una imagen que se bo-

rra, y otra, más bella, que la sustituye. Una imagen tan tenue que ya no es en mí ni como el eco de un eco... Y otra imagen cubriéndola con toda su viva ternura de alegría con mis alegrías y de lágrimas con mis lágrimas... ¿Vendrá?

ESCENA VIII

—  
ANTONIO, MERCEDES

*Mercedes* — ¡Antonio!

*Antonio* — ¡Mercedes!

*Mercedes* — No dirás que he tardado; en la esquina se volvió mi criada. ¿Y cómo estás?

*Antonio* — Bien, muy bien; te esperaba y te doy las gracias.

*Mercedes* — No sé por qué. ¿Has descansado ya?

*Antonio* — Sí. ¿Te ha sorprendido nuestra llegada?

*Mercedes* — Habeis venido inesperadamente; yo creía que hasta fin de mes... Sin embargo, me decía el corazón que iba a ser antes. Hoy me he levantado con una alegría y un bienestar... ¿Y Doña Dolores?

*Antonio* — Mamá está arriba y te espera; pero antes concédeme un rato; he de darte las gracias por tantas cosas...

*Mercedes* — ¿Por tantas cosas?

*Antonio* — Sí, por muchas; siéntate aquí.

*Mercedes* — Tú dirás. (Se sientan) Pero antes déjame que me alegre un poco de verte ya tan bueno.

*Antonio* — Dios lo ha querido.

*Mercedes* — ¡Que miedo he pasado!

*Antonio* — ¿Miedo?

*Mercedes* — Sí, mucho miedo de que no te curases. Y es que estar ciego debe ser horrible. ¡No ver la luz! A mí que tanto me gustan el sol y los colores, me parece monstruoso. ¿Querrás creer una cosa? Cuando estabas tan malo me pasé todo un día con los ojos cerrados para sentir lo que tú. Pero... ¿por qué te cuento esto?

- Antonio** — Gracias, Mercedes; entonces el interés que he visto en tus cartas era cierto.
- Mercedes** — Interés por un buen amigo.
- Antonio** — ¿Nada más?
- Mercedes** — Nada más.
- Antonio** — ¿No has visto en mis respuestas más expresión que esa de un amistoso interés?
- Mercedes** — Si has puesto en ellas otra intención...
- Antonio** — Mercedes, escúchame; contesta con sinceridad ¡no me engañes! En las cartas que yo te he escrito ¿qué has encontrado?
- Mercedes** — Pues he encontrado... muchas palabras bonitas.
- Antonio** — ¿Solo eso?
- Mercedes** — Y además... una buena amistad.
- Antonio** — Una buena amistad... ¿Te han producido mis cartas solo esa impresión?
- Mercedes** — Me acosas, Antonio. He visto en ellas además como un lejano pesar oculto, un pesar muy denso en las cartas primeras que era como una niebla de tristeza, y que luego en las otras se ha ido desvaneciendo como al calor de nuevas alegrías. Accediendo a tus deseos siempre te he contestado enseguida. Creo que no tendrás queja de mí.
- Antonio** — ¡Oh, ninguna! Si supieras el bien que me ha hecho tu correspondencia... Esperaba los correos con un interés que acaso tú no hayas tenido por mí.
- Mercedes** — ¿Por qué no? No te hubiera escrito entonces tantas y tan largas cartas. ¿Recuerdas hace un mes cuando te mandé un programa de la fiesta del Casino? Pues aquella noche, en vez de ir a la fiesta, me entretuve en escribirte.
- Antonio** — Sí, cartas de amistad; y como de amistad has considerado también las mías... Pues bien; yo quiero que sepas que íntima esencia de mi alma se ha ido en ellas vertiendo; yo quiero que sepas... ¿Me oyes?
- Mercedes** — Dí.
- Antonio** — Yo quiero que sepas de qué modo, sobre las ruinas de mi derrumbamiento espiritual, ha

- nacido, cubriendo los escombros, todo un manto de flores nuevas. Yo quiero que sepas... ¿Me oyes?
- Mercedes** — Dí, dí.
- Antonio** — Yo quiero que sepas cómo una noche perdí la luz de mis ojos y la luz de mi alma, al mismo tiempo. La enfermedad me hirió la vista; aquella mujer me hirió el corazón. Yo sé que tú lloraste mientras ella reía.
- Mercedes** — Acaso su ignorancia... Es un poco aturdida, como alocada; en ella nada me extraña. ¡Ya ves! Dice que no comprende por qué te has disgustado con ella y que en cuanto te vea te dará no sé que explicaciones.
- Antonio** — ¿Explicaciones a mí? ¿Querrá convencerme de que hizo bien en ir al baile la misma noche que yo pude morirme? ¿Me dirá por qué se ha portado conmigo después tan mal? Lo cierto es que en mis horas tristes ella me abandonó, y quise olvidarla... y no pude... ¡Ojalá no sepas nunca que dolor es ése de querer arrancarse un recuerdo, y estar tan cogido al corazón, que saque entre las raíces pedazos de alma! Pero un día hice el esfuerzo ¡el titánico esfuerzo! Cojí su imagen de allá adentro, tiré bien firme y la arrojé de mí. ¡Qué hueco más grande quedó! Mercedes, ese hueco, poco a poco lo has ido llenando tú.
- Mercedes** — ¡Antonio!
- Antonio** — Lo has ido llenando tú como un bálsamo de olvido. Ahora yo quiero... que me digas si me quieres, o si debo arrancarte también de mí.
- Mercedes** — Yo... aquella noche... ya te quería.
- Antonio** — Bendita seas.
- Mercedes** — Y antes te quería también. Verás: Cuando te conocí, que fué en casa de Rosario, ¿recuerdas? al poco tiempo de hablar contigo me pareció que éramos amigos de toda la vida; y es que te presentía. Por eso ahora...
- Antonio** — Por eso ahora...
- Mercedes** — Te quiero más que nunca.

- Antonio* —Gracias, Mercedes, gracias.
- Mercedes* —Te quiero, sí; pero... ¿la olvidaste del todo? ¿No sabes... que se casa?
- Antonio* —Se que se casa. El mundo es tan ancho que hay sitio para todos. ¿Qué importa lo pasado si el olvido lo borra? ¡Olvidar! Virtud de corazones fuertes, niebla que todo lo oculta... El día de su boda oiremos desde aquí mismo la música de la fiesta, la alegría del bullicio. La música de su boda arrullará también nuestra felicidad.
- Mercedes* —Olvídala, sí; pero no la guardes rencor. El odio me hace daño; yo no puedo querer a nadie mal. Porque el odio es ciego y el cariño, como un perfume que no se sabe de donde viene. ¡Está tan escondida el alma! Yo creo que hasta debemos sentir cariño por aquellos que nos hicieron daño, un cariño que sea como un perdón. Puestas así, entre ortigas, son las rosas más bellas. (Quedan hablando en voz baja, semi ocultos.)

### ESCENA IX

#### ROSARIO, FELIPA

(Estas dos, entran por la puerta de la verja sin que vean a Mercedes y Antonio, de los que están separados por un macizo del jardín.)

- Rosario* —(A Felipa, que va delante) No hay nadie, ¿verdad Felipa?
- Felipa* —(Un poco—muy poco—menos rústicamente que en el primer acto) No, señorita.
- Rosario* —Jacinto se habrá ido, como todas las tardes; vete tú también; y si mamá pregunta por mí, no la digas que he bajado.
- Felipa* —(Titubeando) Señorita..., ya *sabusté*...
- Rosario* —¿Qué quieres decir?
- Felipa* —Ya *sabusté* que si su mamá se entera tendremos *disjusto* gordo, como el de *antiyer*.
- Rosario* —Mamá duerme la siesta; yo volveré antes de que despierte.

- Felipa* —*Usté* verá, señorita.
- Rosario* —No sé por qué se empeñan en que no baje aquí; siempre lo hice, y ahora... también. Yo soy muy obediente y me gusta hacer todo cuanto me mandan; pero han de mandarme cosas de mi agrado. No puedo con la oposición caprichosa. Me da algo así como unas cosquillas muy fuertes, que he de calmar entrando en lo vedado. Felipa; no has gustado tú nunca el sabor de lo prohibido?
- Felipa* —¿Que si he *gustao* prohibidos? En mi pueblo no se cría esa fruta, señorita.
- Rosario* —Tu pueblo solo produce calabacines, ya se vé. He querido decir que si a tí misma no te dan alguna vez deseos de hacer lo contrario de lo que te ordenan.
- Felipa* —Señorita, sí. ¡Ya lo creo! Cuando me manda *usté argo*, que siempre me está *usté* mandando, en vez de contestarle «señorita voy» quisiera decir: ¡no me dá la gana!
- Rosario* —¡Felipa! ¡Qué insolencia!
- Felipa* —Señorita... *usté* me ha *preguntao*.
- Rosario* —¡Esto es ya demasiado!
- Felipa* —Señorita... yo... ¡yo la quiero a *usté muncho*.
- Rosario* —Tu ingenuidad te salva. Eres demasiado simple para ser mal intencionada. En fin, vete.
- Felipa* —Señorita, sí.
- Rosario* —Si hiciera falta en casa, me adviertes con discreción.
- Felipa* —Sí, señorita. Yo la *arvertiré* a *usté* con... con la boca. (¿Qué será *discrerción*?) (Se va por donde vino.)

### ESCENA ULTIMA

#### ROSARIO, DESPUÉS MERCEDES Y ANTONIO

- Rosario* —También aquí hace calor, pero es que mi casa es un infierno. Es cómodo esto de atravesar una calleja solitaria y entrar en este pequeño oasis, siempre abierto y solo. Yo no

debía venir aquí ¿verdad? He pasado en este sitio tan buenos ratos, y se está tan bien en esta sombra... Después de todo ¿quién sabe que está mal y que está bien? Porque yo esté de monos con Antonio, no debo privarme de oler sus rosas ¡digo yo! El no se ha de enterrar, y aunque se entere y se disguste más de lo que está, yo lo conformaré con una mirada interesante. ¡Me parece! Bueno; me peleé con él porque entre un ciego y un capitán la elección no es dudosa. Dicen que se ha puesto bueno; ¡mejor! Pero yo ya tengo mi capitán... ¡Qué desencanto de capitán!.. Por más que ahora ha venido un juez... ¡Vaya un juez guapo! ¡Ay... ya veremos! Mientras, voy a leer algo de esta novela (Mostrando un libro que traerá en la mano) que se llama... (Lee el título) que se llama... «La Constancia» ¡Esto no debe gustarme! Parece propiamente un nombre de criada: la Constancia, la Ramona, la Felip... (Se ha interrumpido, porque Antonio y Mercedes, que estaban abstraídos en su diálogo, se dan finalmente cuenta de la presencia de Rosario, poniéndose de pie y notando ésta que no está sola; quedan frente a frente asombrados, y dice:) ¡Antonio! ¡Mercedes! ¡Vosotros!

*Mercedes* — ¡Rosario!

*Antonio* — (Con frialdad) Nosotros, sí.

*Rosario* — (Sumamente azorada) Yo... no sabía...

*Antonio* — (A Mercedes) ¿Qué es... lo que no sabe?

*Rosario* — (Tratando de ocultar su turbación con rápida charla volubre) Cualquiera esperaba... encontraros aquí, ¡ja, ja, ja! ¡Qué sorpresa! ¿Por dónde habeis venido que no os he visto yo? ¡Ha sido una casualidad muy graciosa! Y conste (a Antonio) que me alegro de verte; tenemos que hablar de...

*Antonio* — (Interrumpe) Hablar nosotros... no.

*Rosario* — (Que no comprende lo que sucede, en tono de graciosa reconención) ¿No me conoces ya?

*Mercedes* — (Levemente irónica) No te recuerda... No te recuerda.

*Antonio* — Eso es, no te recuerdo. (Mercedes y él, quedando más unidos, se apartan un poco de Rosario.) Si las mariposas se acercan a esta luz de felicidad, pueden quemarse las alas.

*Rosario* — (Desconcertada. A Mercedes) ¡No me recuerda! (A Antonio) ¿Qué me has dicho? ¿Dónde están esas alas... y esa felicidad? (Fulgura en sus ojos el relámpago de la comprensión) ¡Ah! Comprendo... (La voz le tiembla de emoción y despecho) Ya comprendo, sí! (Saliendo de cara al público, lentamente) Perdonadme... Perdón... (Se va por el foro)

*Mercedes* — (Luego de una pausa) Se ha ido... Que Dios siembre su camino de rosas.

*Antonio* — Se fué... Tú quedas. (Señalando al foro) La imagen que se borra... (A Mercedes) La imagen nueva, más bella y más limpia. Allí el crepúsculo, con la tristeza y la frialdad de la noche que llega; aquí, la aurora, con su grata promesa de un día nuevo, todo luz... (Con efusión) Dime: ¿me querrás mucho?

*Mercedes* — (Con dulzura) Mucho, sí.

*Antonio* — Mercedes, ¿y si me hubiera quedado ciego?

*Mercedes* — ¡Tonto! Yo hubiera sido tu lazarillo. (Quedan tiernamente cogidos de las manos, mientras cae el telón)

FIN

(1) Pedís con entusiasmo el nombre y la presencia del autor de "OLVIDAR" para rendirle el justo tributo de vuestros aplausos, ya que en los cortos momentos en que discurre la sencilla trama del boceto de comedia que escribió para deleite de cuantos asistimos a esta fiesta, ha saturado el ambiente de esta sala con los efluvios aromáticos de su espíritu delicadamente sensible y poético.

El nombre del autor, os es a todos conocido: Andrés Cegarra. Justo fuera que en estos momentos cosechara el tributo que rendís a su talento y sintiera los goces inefables que el aplauso produce en los seres privilegiados que lo obtienen como premio de una labor hondamente sentida y fácil y justamente expresada; pero cruel dolencia le tiene opreso en el lecho ha largo tiempo y le roba a nuestra cariñosa solicitud.

Andrés Cegarra, no es un desconocido; pudiera con el tiempo haber llegado a ser un *olvidado*, pero animado de alma robusta, de férrea voluntad, ha querido y sabido entablar lucha denodada con la acerada garra del dolor que aqueja su cuerpo valedudinario, saliendo vencedor el espíritu fuerte que como chispa de luz sublime emerge del infinito Dios y alumbra y vigoriza la

---

(1) Cuartillas leídas la noche del estreno, por el joven abogado D. Pedro García Valdés.

mente de sus elegidos. Cegarra protesta del olvido y anhela por hoy el recuerdo.

¿Podía llegar a ser un olvidado?

No. Quien sabe ocupar las lentas y fatídicas horas del dolor en constante estudio; quien vencedor de las lacerías de una materia rebelde nos da como muestra de su poder creador, las sabrosas mieles que acabamos de gustar, no puede llegar a ser borrado de la memoria de los que le tenemos como amigo querido, ni de los que han presenciado este su primer ensayo dramático.

Me creo intérprete de vuestro noble sentir y fervientemente pido al Ser Providente y Magnánimo, Dispensador de las grandes mercedes que, con su hálito poderoso, sane el vaso material que envuelve espíritu tan delicado como el de nuestro Cegarra, y fecunde su inteligencia dispuesta de suyo a más arduas empresas.

En el mundo del espíritu existen las mismas simpatías y atracciones que en el Universo material; la armonía de los Orbes que como chispas diamantinas tachonan el piélago del infinito espacio, se rigen por atracciones; esto es, por una ley de amor, que les permite comunicarse luz y calor. Así los espíritus.

Yo sé de un ser que en estos momentos goza sensaciones nunca experimentadas, henchido su corazón de sentimientos hermosos de amor y agradecimiento a vuestras mercedes y para quien vuestros aplausos, que no oye con el órgano material a ello dispuesto, pero que percibe por telepatía, le sirven de luz y calor.

El Autor de «OLVIDAR» se une en comunión estrecha de amor con todos nosotros y jamás podrá borrarse de su alma, el recuerdo de esta noche.

*Francisco M. Parras Sánchez*

